

HOMILÍA

Domingo V del tiempo ordinario

Is 58, 6-10

a. Contexto

La etapa bíblica de los Profetas se divide en *Profetas Anteriores* (Libros de Samuel, Los Reyes, Josué y Jueces), y *Profetas Posteriores* (los 12 conocidos, entre los que se dan los 4 Mayores, y los restantes Menores).

Hay que tener en cuenta que Daniel no es propiamente un Libro Profético, sino más tardío, considerado entre los Libros Apocalípticos, con lo que los Profetas Mayores son Isaías, Jeremías y Ezequiel.

Asistimos con el texto de Is 58, 7-10 a la etapa posterior al destierro, cuando Ciro funda el Imperio Persa, después del Imperio de Babilonia, en cuyas puertas Ciro es recibido como libertador (año 538 a.J.C.).

El Libro del *todo* Isaías presenta unas características especiales a partir de Is 56, que invitan a hablar de otro autor distinto, aunque algunos cap. como Is 60-62 se asemejen bastante al Segundo Isaías (el de Is 40-55).

Este Libro que va desde Is 56 hasta Is 66, en general, debe colocarse en la época del postexilio, más exactamente entre los años 538 y 510 a.J.C. Ahora, por tanto, estamos ante el llamado Tercer Isaías (Is. III: Is 56-66).

Si se estudia con el criterio del uso mayor o menor de determinados términos, se puede establecer la siguiente configuración del Tercer Isaías:

- A: Is 56-58; 65-66.
- B: Is 59-64.
- En el centro quedaría Is 60-62, muy cercano al Segundo Isaías.

La clave parece encontrarse en Is 65, 9: *Haré salir descendencia de Jacob, y de Judá, el poseedor de mis montañas; las poseerán mis elegidos, y mis siervos vivirán allí.*

En torno a este núcleo se leen los temas de derecho, de moral y de leyes rituales, como la que hoy se nos invita a considerar en Is 58, 1-12, dentro de lo cual se encuentra nuestro pasaje litúrgico (cf. Is 58, 7-10).

Desde este contexto, se perciben reticencias entre judíos de Jerusalén (sacerdotes sadoquitas, por ejemplo), y los que vienen del destierro (levitas, descendientes de Abiatar, más abiertos a las influencias extranjeras).

El fondo teológico de esta realidad donde se contextualiza este pasaje cuenta con la necesidad del Profeta de predicar animando en Jerusalén a la vuelta a Dios, porque el pecado retrasa la salvación.

Así, se ve que:

- es necesario señalar a las autoridades del pueblo como las responsables (cf. Is 56, 9-13);
- esto lleva a un cántico de ayuda y consuelo para el pueblo (cf. Is 57, 14-19);

- de aquí saldrá la exigencia de reconversión: ayuno, etc. (cf. Is 58, 1-12), donde se encuentra la perícopa de este Domingo V del tiempo ordinario.

b. Texto

La tensión surgida al regreso de los desterrados hace patente la necesidad de penitencia, búsqueda de fraternidad entre todos, para restañar las heridas (consagración del Templo, año 515 a.J.C., por ejemplo).

Entre las salidas a esta tensión nace la mentalidad apocalíptica, de solución rápida a las desavenencias o, por el contrario, la de un permanecer estáticamente en las tradicionales estructuras anteriores.

En esa tensión predica el Tercer Isaías que se ve en la necesidad de denunciar ciertas rebeldías del pueblo y la práctica de algunas formas de piedad, sin restaurar el fondo religioso que éstas conllevan (cf. Is 58, 2-5).

Porque el ayuno ha de estar intrínsecamente unido a la búsqueda de la voluntad de Dios, no a un ritualismo. Y la voluntad de Dios se une a veces de hecho a actuaciones de explotación del hermano (cf. Is 58, 3-5).

El Señor, proclama Isaías III, quiere otro tipo de ayuno: la liberación de la tiranía, quitar todo tipo de opresión al más débil; o bien no levantar más calumnias, y dar de comer al hambriento (cf. Is 58, 6-10).

Por eso el mismo Dios quiere acompañar a los suyos por el difícil desierto del reencuentro, siendo luz para ellos: les da alimento, se hace su comida en el desierto del desencuentro entre hermanos (cf. Is 58, 11).

La reconstrucción de la Nación Judía, de Israel, no podrá realizarse si no se da una verdadera justicia entre los hermanos, si de nuevo no brilla la verdad y la justicia entre todos (cf. Is 58, 12).

c. Para la vida

Queramos o no, amigos, en el fondo de estos pasajes de Isaías III anida una fuerte crítica a los responsables de uno y otro sector del pueblo judío: los que estaban en Jerusalén y los que regresan del destierro.

La historia se repite. O sea, los intereses personales, de grupo minan la unidad y la fraternidad, como siempre. Otra vez ahora se adora al propio yo, se da la egolatría, sin dejar paso al don de Dios, a la gracia de Dios.

Somos dados, por formación y por la etapa histórica que vivimos de democracia y corresponsabilidad, a buscar causas estructurales de lo que sucede en nuestros ambientes, al construir comunidades cristianas.

Vale, bien. Y me pregunto en estos momentos: ¿qué de la acogida del don gratuito de Dios? ¿Cómo pelearnos por *Alguien* que se nos ha regalado, como si se tratara de nuestra 'obra', de nuestro patrimonio?

No se nos van de las manos y de la cabeza (¡y del corazón!) los criterios, las formas de pensar, de sentir, de actuar, de organizar como el mundo actual en el fondo, no las de Dios.

Claro que hace falta utilizar racionalmente los recursos de la época en que vivimos: por supuesto. El problema está en que parece que somos nosotros los que hemos creado, organizado, proyectado el Reino de Dios.

Ayunamos o no, rezamos o no, como si se tratase de un proyecto estilo ONG, originado en nuestro buen deseo (inteligentemente pensado) de servir, no en la llamada de Dios, que exige un vaciamiento: ¡qué difícil!

No está mal que nos dejemos interpelar por la Palabra de Dios hoy: *Éste es el ayuno que yo quiero*. ¿Que Dios va a tener la iniciativa en mi vida...? ¡Pues eso, eso, claro, ¿o no, amiga, amigo?!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antoniorojas.sdb@gmail.com